

# BOGOTÁ

OK

EN

## LOS SIGLOS XVIII, XIX Y XX

POR



### NICOLAS ORTIZ.

*Copy: M182 Fol. 3; M256 Pta 5 (F. B. ...)*



BOGOTÁ—1890

“LA COMERCIAL.”—IGNACIO BORDA, DIRECTOR.

Calle de la Carrera, número 316.

BIBLIOTECA

BOGOTA

ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA  
HEMEROTECA

EN

LOS SIGLOS XVIII, XIX Y XX

POR

NICOLAS ORTIZ.



BOGOTA—1890

“LA COMERCIAL.”—IGNACIO BORDA, DIRECTOR

[Calle de la Carrera, número 318

# BOGOTÁ

## EN LOS SIGLOS 18, 19 Y 20

### I

—Feliz año nuevo tenga Ud., señor don Francisco.

—Que el Cielo así lo disponga !

—Soy Enrique de los Llanos, natural de Casanare, viajero curioso que por primera vez vengo á Bogotá, después de haber visitado gran parte de la fértil y espléndida Sabana que la rodea y me presento ante Usted., sin fórmula alguna, con el objeto de obtener datos relativos á ella. La edad avanzada de Ud., su proverbial bondad, recto criterio y feliz memoria me han decidido á venir en su busca.

—A la verdad, señor don Enrique, mi memoria, á pesar de mis años no es flaca. Nací el 14 de Octubre de 1880 y hoy que estamos á 1.º de Enero de 1990, tengo fuerzas y salud como las de que disfrutaba ahora medio siglo, por lo cual puedo decir á Ud. : está á sus órdenes Francisco de Mendoza.

—El coche nos aguarda á las puertas de esta casa.

—Muy bien. Marchemos.

Y con su bastón en la mano y su sobretodo al brazo, ágil como yo, que sólo cuento 24 años, emprendió el descenso de la escalera desde el 5.º piso de su casa.

—No se sorprenda Ud., me dijo, por encontrar esta casa sin elevador ; he creído más saludable este ejercicio y por eso no he consentido en que lo pongan.

—Parece que Ud. está llamado á tocar la trompeta del Juicio, señor de Mendoza. ; Cómo ha conservado tanta robustez ?

—Señor, cuando nació sólo se aplicaba la medicina y la higiene europeas. Los facultativos de Colombia no tenían en cuenta la diversidad de zona, lo variado de nuestros climas, la presión atmosférica ni la constitución de la gente ; no advertían que la sabiduría del Creador ha colocado en cada país los elementos indispensables para la salud y para la vida de sus habitantes y se dieron á recetar sustancias extranjeras, de nombres difíciles de pronunciar, con menosprecio de las que, bajo las humildes denominaciones del idioma propio, se encontraban á cada paso.

Fué en el año de 1910 que se fundaron la medicina y farmacia Colombianas, época desde la cual se alivian las dolencias y se cura mucha gente. De otra manera esta Capital no tendría la población que hoy tiene; habría sido devorada por las distintas clases de fiebres, así como también por las enfermedades al corazón y á los pulmones. En el siglo pasado la Cirugía adelantó bastante; en Medicina se sabía diagnosticar pero poco se curaba. La naturaleza, sola, salvaba algunos que habrían sin duda perecido con el uso de los medicamentos de esa época y de ahí la fama que conquistó el sistema homeopático, el cual consistía en suministrar al paciente atómicas cantidades de azúcar rosada, disuelta en cucharaditas de agua pura. Como era un país tan nuevo..... todo esto era disculpable.

—Qué distancia tenemos que recorrer para entrar á la ciudad?

—Un kilómetro.

—Adelante, postillón! á Bogotá! El coche resbalaba suavemente tirado por un arrogante tronco de mansos y briosos caballos, que bien manejados lo conducían por entre una multitud de carruajes de distintas formas y tamaños, dejando á un lado el Ferrocarril de Occidente, de doble rielera, cuyos trenes entraban y salían cargados de gente, de animales y de fardos.

A la izquierda, en la amplia plaza de la estación del Ferrocarril adornada con elevados y elegantes edificios, entre los cuales sobresalía una alta torre, de orden Corintio, con su correspondiente reloj, nos detuvimos al pie del "Hotel del Comercio."

Absorto estaba contemplando tanta magnificencia, cuando ví que de la torre aquella salía un anciano que al dirigirse al reloj y al señalar la hora, con estentórea voz gritó:

—¡Las diez de la mañana!

—Señor de Mendoza, le dije á mi compañero de excursión, qué voz tan extraordinaria la de ese viejo! ¡Me ha causado horror!

—Amigo mío, no se asuste Ud. La voz de ese señor es producida por pulmones de acero. La máquina de ese reloj es admirable!

—Será bueno que tomemos algún alimento.

—Me parece muy bien. ¿Quiere Ud. que subamos por alguna de las escaleras?

—Por el elevador.

—A qué piso?

—Al tercero.

Un momento después estábamos en un bellissimo comedor, adornado con mesas de mármol, espejos enormes, jarrones de pórfido con camelias,

rosas y tulipanes; lugar en que se encontraba reunido todo lo que puede encantar la vista y satisfacer el paladar. Me sentía transportado á un paraíso.

Escogidos los manjares de la respectiva lista, el señor de Mendoza pidió, al sirviente, una botella de vino del Apulo y dirigiéndose á mí me dijo: Tome Ud. una copa de este vino que es superior á los afamados de Chipre, Madera y Champagne.

—¡Qué delicioso! exclamé; Jamás lo había tomado tan exquisito!

—Pues este vino, señor, lo producen los viñedos que crecen en las orillas del río Apulo y constituyen una renta pingüe para el Gobierno. Antes se habían formado nuestros paisanos la idea de que por falta de estaciones era imposible producirlo mas luégo se convencieron de que esta circunstancia, en terrenos tan fértiles y apropiados suministraba una perpétua y abundante cosecha; por esta razón, las sucias aguas de aquel río no se deslizan ya por terrenos incultos, poblados sólo de serpientes, sino por campos sembrados con esmero por una numerosa concurrencia de activos agricultores.

—¿Este pescado tan agradable es traído de la Costa Atlántica?

—No señor; se trae vivo de los ríos Magdalena y Coello.—Cuando yo era joven, de esto no se probaba en Bogotá. Sólo en tiempo de Cuaresma se veía el denominado vagre, que era conducido por intransitables caminos y llegaba siempre demasiado tarde y con detestable olor y peor sabor.

—¿Cómo se denomina este barrio?

—Del comercio.

—¿Alcanzaremos á conocerlo hoy todo?

—Es demasiado extenso.

—¿En materia de moralidad cómo se encuentra?

—Este barrio se reciente mucho del pecadillo que le es peculiar al comercio, amén de la falta de verdad en todo lo que dice cuando no média firma en el obligado papel sellado; por supuesto hay honrosísimas y numerosas excepciones.

Después de haber almorzado y de fumar los afamados cigarros del Territorio de San Martín, ocupámos nuestros respectivos puestos en el coche y á la voz de "A la Plaza de la Regeneración" los caballos partieron por una amplia calle adornada, á cada lado, con frondosos árboles deteniéndonos al llegar al indicado sitio.

En el centro de la gran plaza se eleva un monumento de mármol cercado de linda verja de hierro dorado al fuego. El grupo representa un hombre de talla regular, de ancha frente y mirada que sombrea abultada ceja, colocada de pie, sobre guerreros trofeos, con una mano

extendida hacia una encantadora niña que, envuelta en el pabellón nacional, está tendida sobre las tumbas de la Justicia, de la Paz y de la Fe, cuyos emblemas tratan de incorporarse.

Preguntado mi compañero de viaje acerca del personaje principal del grupo me contestó :

—Es Núñez y su parecido es perfecto. Ud. no ignorará que, como Presidente de Colombia, le tendió la mano á la República, que yacía en el lodo, y que con ella se alzaron de sus tumbas la Justicia, la Paz y la Fe sacrificadas por las revoluciones constantes que en el siglo pasado mantuvo la perversidad humana, bajo el disfraz de libertades imposibles

—¡ Qué edificio tan notable, aquél en cuya portada se lee: Banco Nacional !

—A ese establecimiento se le deben dos imponderables beneficios: la paz de la República y el socorro de los pobres. Con el billete del Banco han quedado convertidos en accionistas todos los colombianos é interesados por consiguiente en el mantenimiento del orden público, sin el cual el papel bajaría de precio ; y las utilidades las reciben, día por día, en el desarrollo de las empresas serias que este establecimiento apoya. A él se le debe, igualmente, la eliminación de las casas de usura que con la costumbre antigua del enorme interés del 10 por 100 mensual, sacrificaban al infeliz que consignaba en ellas su finca y lo ponían en imposibilidad de rescatarla, puesto que aparecía vendida con pacto de retroventa, fórmula de que se valían los desalmados para apoderarse de ella al día siguiente á aquél en que vencía el plazo fatal. El Gobierno regenerador se propuso cortar tan grave mal y en el año de 1892, se creó una oficina anexa al Banco, bajo la denominación de 'Montepío Nacional,' en la cual se dan, sobre prenda, cantidades desde uno hasta doscientos pesos ; y si vencido el plazo, no se ha cubierto el valor del empréstito, la finca se remata y se le devuelve al depositante el excedente.

Este Banco está respaldado por doscientos millones de pesos en oro y gira por el cuádruplo ; tiene sucursales en todas las plazas comerciales de la República y es calificado, como el tercer establecimiento de crédito de toda la América. Sus billetes son moneda admisible en los países extranjeros, relacionados con Colombia, de acuerdo con los tratados públicos, hábilmente celebrados por nuestro Cuerpo Diplomático, en cambio de recibir la moneda fiduciaría de tales naciones. La abundante exportación hizo desaparecer la desconfianza que al principio surgió y estableció la costumbre ; la lucha fué larga ; las dificultades numerosísimas ; pero al fin se triunfó. Si Núñez, fundador del Banco Nacional, al fin del siglo pasado, saliera hoy de su tumba, vería con placer coronada su obra.

—Al edificio que cubre el otro lado de la plaza qué nombre le dan?

—Dirección general de minas. Como Ud. muy bien sabe, este país es riquísimo y poco explorado; tiene capacidad suficiente para contener ciento cuarenta millones de habitantes y sólo tiene doce. En el siglo pasado apenas contaba cuatro. En esa época se advirtió el daño que sufría la República al entregar incondicionalmente sus ricas minas á Compañías extranjeras no domiciliadas en el país. El metal desaparecía de nuestro suelo y sólo quedaban los desperfectos en él formados, sin que pudieran obtener ganancia alguna los accionistas de esta tierra, que no excusaban vender, por un pan, su correspondiente acción, porque los dividendos podían no ser repartidos jamás. Estas consideraciones indicaron la necesidad en que estaba el país de domiciliar en su seno las Compañías mineras que en ese edificio encuentra Ud.

En este momento un joven elegante nos hizo un saludo respetuoso nombrándonos por nuestros respectivos apellidos y continuó su marcha. Sus maneras galantes y apuesta figura me llamaron la atención de suerte, que no pude menos de preguntar á mi compañero quién era aquel señor.

—Es un alguacil, me contestó, que se dirige al edificio destinado al cuerpo policial. Vea Ud. el letrado en la acera Norte.

—No me imaginaba que los alguaciles llevaran cubiertas las manos con guantes y que su vestido todo fuese de la más rigurosa etiqueta. Ese cuerpo qué servicios presta?

—Previene los delitos y aprehende á los delincuentes.

—Tarea difícil de practicar entre este hormiguero de gente.

—No señor, está perfecta y militarmente organizado; tiene su colegio especial para educar jóvenes decentes, activos y honrados á fin de que desempeñen los deberes de su oficio satisfactoriamente y una oficina de estadística en la cual se encuentra la historia de cada habitante de la ciudad desde que pertenece ó entra á ella hasta que sale.

—; No es posible semejante tarea!

—Pues baste saber á Ud. que de los católicos no más que se bautizan ó casan pasa el Párroco de cada barrio una relación diaria á la oficina; los Directores de Colegio otra, mensual, en que consta la conducta de cada alumno; los encargados del cobro en los ferrocarriles la de los individuos que entran á la ciudad ó que salen de ella; los taberneros la de sus clientes y sus deudores; en fin, no acabaría hoy si le siguiera enumerando á Ud. las restantes. Además encuentra Ud. que cada una de esas listas, en orden alfabético se incorpora en grandes libros y en uno de ellos, de pasta verde, se incluye todo lo censurable. Cada vicio tiene su

cuenta abierta, que al fin cancela el individuo allí incluido, si no se corrige, con la prisión ó con el trabajo forzado. Los guarantes amonestan á los viciosos, con suaves maneras, para evitar que se hagan criminales y á estos los buscan dentro del grupo que corresponde al vicio que ha engendrado el delito.

—El edificio que cierra el cuadro de la plaza y del cual no hemos hablado, es la Oficina de correos, telégrafos, teléfonos y telefotos?

—Si señor.

—Pero no veo los alambres.

—Van por debajo de tierra entre tubos de metal con discos de madera de trecho en trecho, cubiertos de gutapercha, que sirven de descanso al alambre y desempeñan el oficio de aisladores. Con este sistema se ha logrado mantener siempre la comunicación con todos los pueblos de la República; mientras que antes de emplearlo los telegramas puestos desde remotos lugares eran á veces entregados al mismo individuo que los había introducido, días después de haber llegado á esta capital.

—Señor don Enrique: en el tránsito hasta la plaza del Comercio, hay edificios notables, que Ud., como viajero, no debe pasar inadvertidos, será mejor ir á pie.

—¿Cuántos metros tenemos que recorrer?

—Mil doscientos sin contar las bocacalles.

—Adelante, amigo mío.

La grande avenida que constituye la calle del comercio está perfectamente embaldosada; sus edificios de seis pisos con sus correspondientes almacenes de ropa, quincallería, licores, joyas, estatuas pinturas presentan el aspecto de una ciudad riquísima; por sus espaciosas aceras transita numeroso concurso, sin estorbarse, porque la una está destinada para la ida y la otra para el regreso; los coches y carros van por el centro con la necesaria lentitud para no causar daños á los transeuntes; todos los idiomas se oyen hablar allí. Esta calle es una Babel.

Mareados por aquel movimiento, aturdido el oído y bastante cansados nos sentamos, una hora después, en uno de los escaños de la plaza sombreado por un robusto árbol de quina. Al frente veíamos el templo del Apostolado, edificio gótico, en forma de cruz griega, con sus cuatro elevadas torres y su enhiesta cúpula; á la izquierda el Teatro del sol; á la derecha la Lonja; y el palacio de la Exposición cerraba el cuadro.

De la fuente de Mercurio que ocupa el centro, recibíamos una brisa deliciosa; el agua que por cien tubos brotaba, de aquel monumento de mármol rosado, presentaba á la vista los más variados juegos.

Una niña de ojos negros y brillantes, de tez virginal, cuya blancu-



ra era sólo alterada por el leve sonrosado de sus mejillas y el aterciopelado rojo de sus pequeños labios, con sin igual donaire nos ofreció boletas para entrar al teatro y lindos ramilletes de flores, cuyo reducido valor cubrimos en el acto.

—¡ Qué colores tan hermosos los de las bogotanas !

—Ciertamente—El clima, el buen vino y alimentación nutritiva los producen. En épocas por fortuna pasadas, casi todas las mujeres estaban cloróticas y bebían, para curarse de esta enfermedad, un licor que se extraía del maíz, de color amarillo y olor nauseabundo; sin que obtuvieran otro resultado que el de cambiar el pálido enfermizo de su cutis por el prieto, que ocultaban con polvos, grasas y barnices haciéndolas aparecer embalsamadas en vida. En esos tiempos, para conocerles, su verdadera faz, habría habido necesidad de ponerlas en remojo, gunos días, y luego darlas un baño de aguarrás.

Al entrar en el teatro, de la platea y de los trescientos palcos que lo forman, se oían los aplausos y las risas que ensordecían ; los diamantes que llevaban las mujeres, ofuscaban la vista y la seda de sus vestidos sorprendía por su belleza. Repuesto de mi natural turbación pregunté á mi compañero qué se representaba á lo cual me contestó :

—“ Las elecciones populares, en Bogotá, durante el siglo XIX.”

La decoración semejava una pequeña plaza, empedrada y con una estatua en el centro ; un edificio, de piedra, en ruinas, dentro del cual se veía un almáximo de elevadas columnas, que nada sostenían ; otro de tres pisos, con portales ; y unas casas, que amenazaban desplomarse, con enormes y deslucidos balcones. A trechos y entre montones de basura y charcos de agua había algunas mesas á las cuales estaban sentadas varias personas custodiando un cajoncito lleno de pequeños parches de lacre y detrás, sendas listas de nombres en orden alfabético ; en distintas direcciones se veían grupos de gente, vestida de un modo particular : una manta, cuya abertura central servía para introducir la cabeza arropaba á los hombres, desde el cuello hasta las rodillas y á algunas mujeres desde la cintura hasta el tobillo ; llevaban un calzado, de fique, repugnante y sucio, que dejaba expuesta la piel á la intemperie ; y en la cabeza un desaseado sombrero de paja, de ancha ala y elevada copa.

—Mi amigo, le dije á mi interlocutor, qué vestido tan horroroso ! No comprendo el motivo para que los hombres se estorbaran todos los movimientos de los brazos y las mujeres los de las piernas.

—Esas mantas se denominaban ruanas y chircates, y como todos ignoraban el lugar en donde irían á dormir, por previsión llevaban consigo el cobertor.

Los disparos de fusiles y pistolas que salían del escenario á los gri-

tos de “; viva el gran partido liberal! ; mueran los godos!”; los lamentos de los que habían sido heridos, ya con bala, con piedra ó con garrote; el ruido que producían las mesas y los taburetes al romperse contra costillas y cabezas; las carreras en tropel de gentes en distintas direcciones y los discursos de los codirrotos para lanzar al pueblo á la matanza, pronunciados con alterada y enfática voz, nos cortaron la conversación que al caer el telón pudimos reanudar.

—; Qué escena tan salvaje! exclamé.

—Es increíble; pero por fortuna esos tiempos pasaron.

—Noto aquí un lujo extraordinario.

—Relativamente es poco su costo; porque la seda es traída de Antioquia; el lino, superior al de Libonia, de Boyacá; los diamantes de Tena; los rubíes del centro del Tolima; las esmeraldas de Muzo y de otras partes; las perlas y corales de nuestros mares; las pieles y plumas de nuestros dilatados bosques; en fin, señor, todo lo produce ya Colombia.

—; Entonces, serían muy ricos esos salvajes de ruana y de *chircate* que vimos en la escena?

—Vivían en la miseria; el juego de bolo, la chicha y las elecciones les impedían trabajar. El Clero los civilizó algún tanto; pero no pudo conseguir lo mismo respecto de los salvajes de levita que eran de peor condición.

—; Qué obertura tan bella!

—Es composición de uno de los miembros de la Sociedad Musical, fundada á fines del siglo pasado, por un señor Price.

Nuevamente descornado el telón, apareció una calle angostísima, limitada á la vista por una torre; sus edificios, peores que los de la plaza, tenían tiendas cerradas, en las cuales se veían letreros anunciadores de distintos artículos venales “de superior calidad y á precios sin competencia”; sus aceras tenían baldosas de piedras ahondadas llenas de agua y por el centro venía un enorme carro, conducido, con desesperante lentitud, por tres escuálidas y pequeñas mulas que lo hacían rodar por sobre sunchos de fierro, á guisa de rieles, venciendo las dificultades del terreno, con motivo de las multiplicadas zanjas abiertas, cuya tierra formaba altos lomos á sus costados. Dicho carro iba precedido de muchachos zarrapastrosos y de un señor con levita y sombrero de pelo, que arrojaba cohetes y gritaba vítores, en celebración de los muertos y heridos que sacaban de la Tranvía.

—Señor de Mendoza, dije; por lo que veo, ese Moisés de sombrero de pelo será pirotécnico? ; Venderá luces?

—Es probable; porque en ese tiempo el patriotismo y el negocio eran gemelos.

—¡ Estas elecciones vergonzosas no fueron anteriores al establecimiento del Tranvía ?

—En el Teatro, quién piensa en anacronismos!

—Oigamos lo que dice aquel guarante que se presenta en la escena, en ademán de atajar á los revoltosos: *¡ Señores y doctores, el señor Alcalde manda decir que no sean tan crestónes que se disuelvan y si nó que les echan bala !!*

Los interpelados contestaron :

“ *No sos tú quien vienes á ordenarnos. Danos plata quespirnos á bebernosla.* ”

—Don Enrique ¿ entiende Ud ?

—Ni jota ¿ qué dialecto es ese ?

—Señor ~~de Madrid~~, si en el pasado siglo los señores Caro, Cuervo y otros no se hubieran tomado el trabajo de fijar el idioma patrio, hoy no podríamos entendernos. Desde las clases más elevadas hasta la hez del pueblo hablaban, salvo raras excepciones, en el idioma que Ud. ha oído.

—¿ Qué querían decir con esa palabra “ crestón ” ?

—La tomaban en las acepciones de zoquete ó de enamorado. A Ud., por ejemplo, le decían los jóvenes cursis: “ tengo ganas de conocer su cresta ” y Ud. que ignoraba el sentido se habría quitado el sombrero y pasado la mano por la cabeza sin saber qué replicar; pues, señor, lo que querían decir era que deseaban conocer á la prometida de Ud. Pero señor viajero, Ud. olvida que tengo muchos años á cuestas, para poder resistir más sin alimento. Vamos al restaurante.

Con pesar me separé de la escena para ir al comedor. A nuestro regreso, la decoración consistía en un salón desmantelado, con una baranda que separaba al público de unos empleados. En esos momentos terminaba la función con las siguientes palabras de uno de los actores, de fisonomía melancólica, quien exclamaba: “ Ahora sí creo en que se hacen trampas en las elecciones, porque aun cuando cõmprendo que mis amigos han podido abandonarme, no me puedo explicar cómo no ha sido leído el voto que dí, por mí, para Gobernador. ”

Una salva de aplausos y una risa universal dieron fin á la comedia.

Eran las cinco de la tarde, cuando visitamos el Templo. ¡ Qué magnificencia ! ¡ Qué riqueza ! La cúpula está sostenida por doce colosales estatuas de mármol, que representan los apóstoles y el Altar Mayor debajo de ella colocado, nada deja que desear : lo constituye Nuestro Señor Jesucristo muerto en la Cruz, con Nuestra Señora y la Magdalena á sus piés. Tan artístico es este grupo de mármol, que puede decirse, sin exageración, que en la Virgen Santísima se percibe el con-

traste entre la felicidad de que gozó al dormir á su niño encantador, al compas de sus canciones, en sus purísimos brazos y el dolor que experimenta al recibirlo ya sin vida, ultrajado y despedazado por aquéllos á quienes abría las puertas del cielo.

Involuntariamente doblamos las rodillas y oramos .

Los últimos rayos del sol poniente que bañaba nuestras frentes, al salir, nos indicaron que había llegado el momento de separarnos, y al verificarlo, el señor de Mendoza me entregó los siguientes censo y plano de Bogotá en el siglo XVIII, diciéndome :

—Le entrego esos documentos para que pueda comparar mejor las diferentes épocas de la capital de Colombia.

II

Al siguiente día, muy temprano, tenía enganchado mi carruaje, y á la luz del sol naciente que con sus esplendorosos rayos disipaba la densa niebla que envolvía la ciudad y sus contornos, me dirigí en busca de mi amigo.

Había pasado mal la noche y dormido poco.

La felicidad y la desgracia se presentaban á mi imaginación, en absurdo y estrecho parentesco, sin poder descifrar sus condiciones y menos su esencia.

El mugido de las vacas holandesas y el de sus hambreados terneros que forcejaban en vano por salvar la cerca de trabado alambre que los separaba; el relincho de los caballos, de raza árabe, que impacientes por el pienso, golpeaban con sus robustos cascos el enmaderado del pesebre; el ruido de los goznes al girar en las puertas y ventanas; y la detención del carruaje, me anunciaron que había llegado á la deseada habitación de mi compañero.

Un portero atento y comedido me indicó que su señor le había dado orden de conducirme á su dormitorio. Instalado en él y terminadas las fórmulas de costumbre le pregunté si podía acompañarme en aquel día, á lo cual me contestó que un fuerte constipado lo había puesto en incapacidad de salir; pero que esperaba reponerse con mi permanencia en su casa.

—Señor don Enrique, me dijo mi interlocutor, le consagró atención al censo y plano que le dí?

—Cómo no, muchísima, le contesté.

—Pues ha de saber Ud., que esta capital era muy miserable y su atraso inconcebible. De la época colonial llaman la atención, por su solidez, los puentes sobre los riachuelos de San Francisco y San Agustín, puesto que en competencia con los que un siglo después levantaron nuestros ingenieros y que un invierno destruyó, quedaron ilesos; la Catedral, á la cual le enredaron á guisa de grillos, en las primeras columnas, un extenso y desairado coro y le pusieron, sobre su elegante fachada de piedra labrada, dos torres formadas de adobe cocido; el templo de Santa Clara, hecho de mampostería y los de Santo Domingo y la Capuchina. En la calle del comercio se encontraban puertas de cuero, proveedurías de víveres y botillerías. En las ventanas y balcones en vez de gente, se vían frazadas, pájaros, tiestos con flores y celosías. Las habitaciones de las familias eran detestables; salas, patios y huertas sin armonía ning una, techos que se tocaban con la mano y enlucimiento de paredes con blanquimento de cal, sin faltar en el corredor y piezas de recibo, la os-

nefa pintada con brocha gorda, representando rosas monstruos con hojas ajenas á la planta. Las calles sin embaldosados y regadas por acequias de oriente á poniente, cuyo cauce se obstruía por la basura de las casas vecinas; la ropa colgada en cabuyas sostenidas en el centro por gruesa horqueta; mesitas con almidón ó frutas; tercios de carbón y depósitos de cebada en rama hacían intransitable la ciudad. La educación de la mujer consistía en enseñarla á labrar en angeo, con hilo y con avalorio, caricaturas detestables de aves y de letras y en rezar la doctrina cristiana. A muy rara se le permitía aprender á leer y á ninguna á escribir. El matrimonio lo contrataban el pretendiente con el padre de la niña, sin la intervención de ésta, á quien en dote, lo mismo que al novio, les acomodaban su docena de azotes “por los pecados cometidos y los que hubieran de cometer. Los muchachos, más afortunados, tenían escuela, de la cual ninguno salía ileso del castigo de azotes que se aplicaba, en muchos casos, al són del violín para ahogar los gritos del penado durante la vapulación. El vestido de la mujer de las clases superiores, desde que nacía hasta que se casaba, era un ropón hasta los pies, que en la pubertad se sujetaba con hiladillos á la cintura; su peinado, invariable hasta el sepulcro, un gran moño sobre el cual se elevaba en forma de taburete un peinetón y una rosca de pelo sobre cada oreja, asegurada con su respectiva peineta. Para asistir al templo llevaban vestido negro, mantilla, sombrero de pelo, alto y redondo, babuchas de cordobán y tapete debajo del brazo. Las visitas de los jóvenes llamados pisaverdes estaban prohibidas, por la buena sociedad, y sólo los conventuales podían hacerlas por las tardes, con el objeto de jugar al naípe la ropilla y de tomar chocolate.

—Pero señor, hemos hablado bastante de Bogotá y nada de esa fértil región que Ud. habita. ¿El comercio en Casanare, está floreciente?

—Señor, le contesté. La colonia yanky la ha hecho prosperar mucho, el café, el té, la sarrapia y el cacao, como artículos de principal exportación, alimentan el ferrocarril y la navegación del Meta. Las numerosas poblaciones que la caridad cristiana fundó, por medio de los Misioneros Católicos, apoyados por el Gobierno, crecen día por día en riqueza, cultura y moralidad. La traidora diosa de las libertades absolutas que entregaba á la tiranía á todos sus adoradores fué destruída por la “Sociedad Protectora de Aborígenes” y el nombre del doctor Próspero Pereira, su fundador, es pronunciado con profundo respeto y gratitud en esa comarca. Dichosos tiempos los actuales! Quién hubiera nacido ahora para poder apreciar mejor los frutos de la civilización cuando es impulsada por la religión y la paz.

—A propósito de religión, dígame, señor de Mendoza, por qué había ayer tarde, en el templo del Apostolado, tan pocas mujeres?

—La razón es sencilla; los sacerdotes no les consienten la asistencia á él cuando tienen otras clases de deberes que cumplir como hijas, como madres ó como esposas. La devoción no perturba la tranquilidad de los hogares ni roba brazos al trabajo. En otra época, las mujeres que todo lo exageran, se confesaban de sus pecados, no porque estuvieran de ellos arrepentidas, sino únicamente porque era el día de San Fulano ó de San Zutano. Muchas trasnochaban á los infelices sacristanes porque desde la madrugada estaban agrupadas á las puertas del templo que á empellones hacían abrir para desalojar después, con alfileres ó zafándoles el calzado y arrojándolo lejos á las que más fuertes ó más afortunadas habían logrado adueñarse de la codiciada reja. Las jóvenes, en lo general, iban al templo para ser vistas, rezaban sin meditar y á su regreso hablaban de las ceremonias religiosas encomiándolas, porque la música había estado excelente, los floreros muy vistosos ó porque la voz del predicador era sonora y su figura gallarda. La conversación con la amiga con quien por lo general, sólo se hablaba de modas y de supuestos novios, terminaba entonces con estas palabras: *¡ estuve feliz! y vos porqué no fuiste?*

—Y en qué se ocupaban las mujeres?

—Las de la alta sociedad en ir á la iglesia y en adornarse; las de las clases media y baja en los oficios domésticos. Algunas adoptaban el estudio de la música ó del dibujo; pero cuando se casaban todo lo dejaban olvidar con el tonto pretexto de las atenciones de familia; otras se daban á leer novelas y se convertían en heroínas de ellas, no faltando quienes, con ligero barniz literario, fueran el tormento de los hogares. Hoy, como Ud. habrá visto, todas trabajan; son respetadas, porque merecen serlo, y por este motivo van solas por las calles y plazas, cubiertas con su elegante sobretodo en épocas de lluvias ó con su talle al viento en el verano. Trabajo y mucho, costó desalojar á las mujeres del pañolón en que se arrebuñaban por suponer frío ó para ocultar lo inocultable; y no menor fué el que eliminó la costumbre de la desgarbada *mantilla* que consistía en un semicírculo de merino negro, con ó sin bordados, que las envolvía desde la cabeza hasta la cintura y cuyo costo era de ochenta á cien pesos. ¡ Qué tiempos! ¡ qué tiempos!

En este momento el ayuda de cámara anunció la visita del Capitán Bolaños, joven de aristocrática figura, de maneras varoniles y cultas, quien me fué presentado por el señor de Mendoza como su biznieto preferido. Su ameno y franco trato nos hizo más agradable el almuerzo y estableció la general confianza.

—Muchos galones tiene Ud., le dije, á pesar de ser tan joven, lo cual me induce á juzgar de su valimiento personal.

—Si no me ciega el afecto de familia, interrumpió el señor de Mendoza, los creo pocos, puesto que los grados militares premian la inteligencia, la instrucción y las virtudes republicanas, así como las medallas los actos de valor.

—No exagere, padre mío, repuso el Capitán. En el Batallón á que pertenezco, hay Oficiales de inferior graduación á la mía y les reconozco superioridad.

—Eso lo dice Ud., hijo mío, por aquella falsa modestia que disimula la soberbia, y la cual me hace recordar las señas que con la mano hacían los jefes de mi tiempo, á las guardias de prevención, para evitar los honores de ordenanza.

—No, padre mío, digo la verdad; el Teniente Martínez, por ejemplo, presentó su grado de Ingeniero, mientras que yo hasta el año entrante no podré verificarlo.

—Lo que noto, interrumpí yo, es que entre los de su cuerpo como que tienen establecida cierta connivencia para hacerse valer mutuamente; conducta que, á la verdad, es muy digna de encomio, porque ella establece lo que muy bien pudiera denominarse “Espíritu de Cuerpo.”

—En mis tiempos, amigos míos, y aunque por razón de edad quisiera de ellos hablar mejor, no existía la carrera militar. Los grados y los destinos estaban sujetos á los vaivenes políticos; la intriga triunfaba del mérito y el hambre rebajaba el número de los galones. Las recompensas militares decretadas por las leyes, encontraban un sin número de escollos para su cumplimiento, en los empleados subalternos y en algunos de los superiores de pésimo carácter, bajo la hipócrita máscara de acrisolada honradez. Entre los militares existía vergonzosa rivalidad, en términos de negar los unos el mérito de los otros. Todo valiente, vivo, era calificado de cobarde, y al lado de todo valiente muerto los demás decían haber estado en la batalla. Hoy los Gobiernos pasan y el ejército permanece inalterable; ser militar es tener un pasaporte de honor, un título de bien fundado orgullo y un porvenir asegurado.

—Señor de Mendoza, hágame el favor de decirme: cómo se formaba antes el ejército? ¿por sorteo, como ahora, para servir por determinado número de años?

—El ejército, señor de los Llanos, se formaba con lazos.

—¿Como así?

—Conduciendo á los de ruana, atados como malhechores, al respectivo cuartel, en donde á fuerza de garrote se suplía su natural rudeza ó se les castigaba el delito de tener hijas bonitas: y desgraciado de aquél que en la fuga buscaba su libertad perdida, porque, al aprehenderlo, con dos ó trescientos palos dados al toque de diana y un lecho



en el Hospital después, se lo pagaba el atrevimiento. Mi padre me refería un hecho que pinta la crueldad de aquel proceder: en el año de 1854, un hombre casado y cuya mujer había enfermado al dar á luz al tercero de sus hijos, salió de su miserable choza á deshoras de la noche, en busca de una medicina y cerró con llave la puerta de su casa. Quiso la desgracia que una patrulla lo cogiera y lo llevara al Cuartel, en donde con una paliza acallaron los lamentos de su alma y de donde salió fugado al cuarto día para encontrar los cadáveres de su esposa y de sus hijos á quienes el hambre y el abandono total había hecho víctimas.

—Mucho se abusaba entonces de la ignorancia! exclamó el Capitán—¡qué diferencia con la legislación actual!—Hoy el Gobierno educa gratis á los hijos legítimos de los militares muertos en servicio activo.

—Nada más justo, contesté yo, una vez que él dispone de la salud y de la vida de los padres, su deber es educar á los huérfanos, para lo cual, supongo, tendrá magníficos establecimientos.

—Sí señor, me contestó el Capitán, una sección de la Universidad Nacional, denominada Colegio Militar, está destinada á tal objeto, aparte de muchas escuelas elementales.

Terminado el almuerzo se despidió el Capitán porque debía visitar á una familia con quien tenía intimidad.

—¡Quiera Dios que en esa casa no le suceda lo que á mí en otra semejante!

—Y qué le pasó á usted?

—Que recibí una dolorosa experiencia. Figúrese usted que al salir del Colegio, ávido de distracciones, pobre y con la cabeza llena de viento, estaba á caza de relaciones, para lo cual no perdonaba ocasión. Unas veces conducía á su casa aunque fuera á alguna anciana, otras ofrecía mi paraguas á las señoras ó escampaba el agua en determinado zaguán. Al fin me relacioné con Doña Sinforosa Torres de Torrijos, madre de dos encantadoras muchachas, quienes tocaban muy bien el piano y bailaban mejor. A poco mi amistad era íntima, no había secretos para mí; pero en cambio cuando le dolía alguna muela á la criada yo tenía que ir á buscar el cirujano; en los bailes me obligaban á sacar á bailar á las más feas y menos hábiles y luego llevarlas de brazo á sus casas lloviera ó tronara; para mí era siempre el taburete cojo; el cuchillo desencabado ó el pocillo sin oreja; con frecuencia era el encargado de devolver á las tiendas las mercancías no compradas y no pocas tuve que poner de mi bolsillo el dinero que faltaba en las com-

pras que verificaban ó en las de las boletas para teatro cuando merecía el honor de la comisión. Varias veces estuve demandado por usureros, otras en duelo con los pretendientes de las niñas, quienes olvidaban á veces invitarne á sus reuniones. Por fin me dije: no desempeñaré por más tiempo el papel de *amigo íntimo*, y desde entonces vivo más tranquilo.

—De la misma opinión era mi padre y aun agregaba que respecto del Gobierno acontecía lo propio; porque las sonrisas amistosas de los altos mandatarios las pagan los pobres delicados con su perpetua cesantía; como los amigos no se han de pasar al bando de oposición, no hay necesidad de atraerlos!

—Amigo mío, me dijo el señor de Mendoza, la mejor medicina para los viejos la sacamos de los tiempos que fueron, por cuyo motivo creo que, por hoy, estoy curado. El cielo está espléndido y el aire que se respira perfectamente seco. Mandemos enganchar y, si Dios no dispone otra cosa, conocerá usted gran parte de la población, á vista de pájaro, por el paseo “Rafael Reyes.”

Momentos después el carruaje estaba en movimiento y al llegar á un extenso parque no pude menos que exclamar ¡qué belleza!

—Este es el parque del Centenario, señor don Enrique. Antes se le llamaba “Plaza de San Diego;” pero el Doctor Otálora cuando fue Presidente de la República la dedicó á la memoria del Libertador.

—Muy agradecidos le quedarían los bogotanos por tan excelente idea?

—La política, en aquella época, era muy exaltada; el Doctor Otálora no tenía, según parece, ideas fijas acerca del rumbo que se la debiera dar y cada día un partido diverso se creía dueño de la situación, lo cual engendraba, naturalmente, el despecho de los que lo habían elegido. Al fin fue acusado, entre otras cosas, por la compra que hizo de un coche para el servicio presidencial. Admire usted la pequeñez de los políticos de antaño.

—En esa época habría muy pocos carruajes?

—Los primeros que vinieron al país, en el siglo XVIII, fueron el “Episcopal” y la “Jerezana.” Este tomó tal nombre por pertenecer á una señora de Jerez en España. A mediados del siglo pasado el señor Guillermo París introdujo cuatro ómnibus con los nombres de “Rosita,” “Azucena,” “Trinitaria” y “No me olvides.” Más adelante el número de los carruajes se elevó á las necesidades de la población y hoy hay en servicio más de dos mil.

—Esos primeros coches existirán en el Museo?

—No señor ; porque ese establecimiento se organizó ahora ochenta años. Antes se le consideraba como huésped estorboso á quien se le daba forzado asilo en una pieza del edificio denominado “Salón de Grados.” También es cierto que, en su mayor parte, lo constituía una colección de aves desplumadas y algunos tigres embalsamados con tamo. El Presbítero Doctor Romualdo Cuervo le había hecho donación de multitud de objetos que, durante su vida de naturalista aficionado, había logrado reunir ; pero de ellos muy pocos existían cuando se organizó. Los que hoy lo forman son tan numerosos que se encuentra pequeño el local ; á pesar de haberle destinado el que sirvió de palacio á los Presidentes, desde Bolívar hasta Núñez. Vea usted, agregó, la estatua del Padre de la Patria y admire la facultad del escultor que le dió animación y pensamiento al mármol.

—Verdaderamente, le contesté, su frente revela el genio, su continente es marcial y bien puede decirse que bajo de esa lujosa casaca palpita el corazón del héroe. Con la mano que apoya firme sobre el puño de la espada asegura ser el Libertador de cinco Repúblicas y con la otra en actitud indiferente, predice su muerte en el ostracismo.

—Lea usted el letrero que tiene al pie.

—“Por César Sighinolfi, artista italiano, Director de la Escuela de Bellas Artes de Colombia, año de 1890.”

—¿Quién fundó esta Escuela ? pregunté al señor de Mendoza.

—El mismo que fundó el “Papel Periódico ;” el inolvidable General artista, Alberto Urdaneta.

—¿ Hemos llegado al término del paseo ?

—Estamos en su principio.

—Continuemos.

Por una ligera pendiente, por entre un lindo bosque de pinos, al través de los cuales se veían pintorescas quintas, ascendimos algunos minutos y luego á nuestra derecha sobre un perfecto plano ví la ciudad, con sus innumerables cúpulas, torres, campanarios y chimeneas, que formaba casi horizonte natural. El ruido de sus máquinas de vapor era imponente.

Al llegar á una plaza, me dijo mi compañero :

—Esta es la estación del Ferrocarril de Oriente que circula por el antiguo cauce del extinguido río San Francisco. Este bar río se denomina de Las Aguas, porque en algún tiempo las tuvo en abundancia ; pero cuando su caudal disminuyó notablemente, por economizar el artículo se contrataron los acueductos sin que el mal se remediara del todo, porque en la estación lluviosa los tubos se reventaban y las

calles eran inundadas y en el verano las composiciones dañaban el empedrado, se hacían profundas zanjas que impedían el paso y los habitantes se veían obligados á tomar la nociva agua de aljibe. Entonces se les ocurrió á nuestros ingenieros formar un inmenso depósito entre los cerros de Monserrate y Guadalupe, para utilizar el agua que trajera el invierno y le pusieron su correspondiente dique; pero en la primera creciente se volvió éste pedazos y contribuyó á la total destrucción del barrio que hoy encuentra usted reedificado.

—¿Qué ríos bañan hoy esta capital?

—El Bogotá, traído desde el cerro aislado de Suba y el Tunjuelo.

—La vida en esta espléndida ciudad debe de ser costosísima.

—Si se comparan las comodidades de hoy y los precios de los artículos con los del siglo pasado, no lo es. En asuntos de diversión encuentra usted, sin costo alguno, el juego de toros, el hipódromo, los paseos y cien más, mientras que en épocas anteriores el pueblo sólo tenía el juego del bolo, y la *chicha* para embriagarse, y los pobres de las clases superiores, los certámenes, las retretas y las misas de aguinaldo celebradas al són de la pandereta, del *chucho* y del tiple, con lo cual se asemejaba la alegría de los bíblicos pastores á las zambras de los bodegonos y tabernas. En cuanto á víveres no existe punto de comparación; hoy son diez veces más baratos que lo eran en aquel tiempo, porque el monopolio es castigado con penas severas. Antes que el Gobierno fijara los precios de los víveres indispensables á la vida, como el de la carne y el pan, se reunían los carniceros y los panaderos, y surtidos los primeros de ganado en pie y los otros de trigo, doblaban los precios de sus artículos día por día, causando la desesperación del jornalero, las lágrimas del pobre y aun la rabia de los ricos. Esto produjo la tempestad y junto al cadáver de un monopolista, se dictó el decreto que fija precios á los víveres.

—¿Aquella plaza circular de arquería y de árboles tan frondosos, cómo la nombran?

—Jardín Zoológico.

—¿Cuántos Observatorios hay?

—El Meteorológico fundado por el presbítero Dr. Joaquín Gómez y el Astronómico que sólo servía en tiempo de guerra para prisión de estado. La astronomía era estudio abandonado, seguramente porque obligaba á levantar los ojos al cielo.

—Mire usted, añadió, aquel barrio que se distingue de los demás, allá, á lo lejos, por la especial construcción de sus edificios, es el de los Chinos. Aquí fue preciso hacer con ellos lo que en Roma con

los Judíos: señalarles un barrio. Para dar á usted alguna idea acerca de la historia de esa porción de la ciudad le voy á referir lo que el Dr. Ricardo de la Parra le decía á mi padre por allá en los años de 1867 ó 1868 y que éste me trasmitió: “A Colombia no puede venir emigración europea porque para esto sería preciso que aquella parte del mundo rebosara de gente, y la Francia, que es de las más pobladas, tiene todavía inmensas landas desiertas. Además, es indispensable que los emigrantes encuentren clima homólogo á su país y que la distancia que los separe no sea extremada. La China es la única que reúne todas las condiciones: el paso de Bering la pone en comunicación instantánea con toda la América; su población de más de ochocientos millones de habitantes tiende á desbordarse y lo habría efectuado ya si su religión de quietismo no la mantuviera adormecida; su zona es igual á la nuestra, así como también sus alimentos y productos. Un día llegará en que aquel coloso se remueva y cien millones caerán sobre estos países; todo lo destruirán: religión, lengua, historia..... Después nadie sabrá ni que existió un Bolívar..... Los descendientes de los actuales habitantes de estas regiones serán, más tarde, esclavos miserables, que ejecutarán sus trabajos á los golpes del bambú.” A esta tremenda profecía en vez de alejarle el tiempo de su cumplimiento se trató de precipitarlo; se pidió la emigración y quinientos mil chinos vinieron á Colombia. El barato precio á que daban sus productos en competencia con nuestros artesanos; la escasa circulación de dinero proveniente del comercio con ellos, puesto que para la China era enviado; la relajación moral y la erección de pagodas, puso en gran peligro el orden público ó hizo indispensable que el Gobierno prohibiera tal emigración y les señalara un barrio especial en esta ciudad.

—Veo que Bogotá se extiende mucho en el centro de la parte occidental; ¿qué figura tiene en el plano?

—La de una paloma con las alas abiertas; la una hasta Chapinero, la otra hasta Tunjuelo, y la cola cerca de un puente de alambre que usted vería á la entrada y que antes se llamaba de “Aranda.”

—¿Qué edificio es aquel último al Sur-oeste?

—El Hospital. Antes ocupaba el centro de la ciudad y se admiraban muchos facultativos de la mortalidad de la gente!..... y se achacaban á las alcantarillas con que reemplazó el Sr. Higinio Cualla los caños inmundos que cruzaban de Oriente á Poniente la ciudad. En el año de 1898 se construyó el nuevo Hospital en el sitio llamado

“ Los Alisos,” el cual está servido por las Hermanas de la Caridad de Colombia, quienes á su cargo también tienen la casa de locos, los hospicios, la escuela de huérfanos, los asilos de pobres y la casa de depósito en donde las madres dejan á sus hijos pequeños durante el día, mientras ellas trabajan.

—He oído decir que existe aquí un barrio denominado de Tours, y no he podido explicarme la causa de esa denominación francesa.

—Desde mediados del siglo XIX se notó la necesidad de una corporación de mujeres piadosas que se encargara de los Hospitales, Hospicios y Asilos y se trajeron de Tours, Hermanas de la Caridad. Mas nuestras mujeres, en gran número se matriculaban en aquella asociación y le entregaban cuantos bienes poseían hasta el punto de hacer temer al Gobierno que llegara el día en que la capital de la República perteneciera á Tours de Francia. Este fundado temor dió origen á la asociación de las Hermanas de la Caridad de Colombia, quienes heredaron de las de Tours el orden y el método, únicas condiciones que les hacía falta para llenar su alta misión á contentamiento del país. Los edificios que se les dieron constituyen dicho barrio.

—¿Cómo está dividida Bogotá?

—En doce barrios: dos al sur, que son el de Tunjuelo y el Militar; notable el primero por sus casas de baños y escuelas de natación y porque de éste parte el ferrocarril que conduce al Salto del Tequendama; y el segundo por sus cuarteles, parques, biblioteca, escuelas, plaza de armas, en cuyo centro verá usted la estatua ecuestre del Gran Mariscal de Ayacucho, tipo moral del Ejército de Colombia, y la plaza de los “Héroes” dedicada á Ricaurte; el de Chapinero y el de San Diego al Norte, con su plaza de toros é hipódromo; al Oriente el de las Aguas, el Antiguo y el de Tours; al Occidente el del Comercio, el Fabril, el de los Chinos y el de los Artesanos y al Centro el del Gobierno, con sus palacios, templos, fuentes, estatuas y Universidad.

Olvidaba decir á usted que en el de Chapinero existe uno de los Templos más notables de esta Capital; el gótico que mandó erigir el Ilustrísimo señor Arzobispo de Bogotá, Vicente Arbeláez, á Nuestra Señora de Lourdes, el cual fue<sup>s</sup> construido y adornado por el Arquitecto señor Julián Lombana, con todo el gusto que pudiera exigirse de la poética fantasía del árabe.

—¿Qué número de alumnos tiene la Universidad?

—Como diez mil. En el año de 1890 apenas contaba 2,000, inclusive los colegios a ella incorporados, distribuidos en las Escuelas de Literatura<sup>2</sup> y Filosofía, de Jurisprudencia, de Medicina y Cien-

cias Naturales, de Veterinaria, de Matemáticas y de Bellas Artes. El Gobierno regenerador consagró á este ramo preferente atención para instruir y al propio tiempo educar á los jóvenes que durante el tiempo anterior eran modelo de descortesía; en términos de que no había elecciones á las cuales no asistieran con revolvers y puñal, á jurar en falso y á aumentar el desorden, ni función religiosa que no turbaran con gritos y empujones, ni baile, teatro ó casamiento en que dejaran de emborracharse y se pusieran á pelear á pescozones como mozos de cordel. En los congresos, en los corrillos, en los salones y en los certámenes se les encontraba también representando el triste papel de caballa. Su perverso ejemplo fue imitado por los de ruana y las señoras no podían salir ya á la calle, por la noche, sin presenciar escenas que el pudor rechazaba. Las diversiones honestas disminuían día por día y cuando tenía lugar alguna, todos los periódicos se ocupaban en ella como de asunto rarísimo. La represión fue tan fuerte como se necesitaba; el principio de autoridad fue acatado y la conducta moral del Doctor Jesús Casas Rojas, Ministro de Instrucción Pública, en aquella época, robusteció sus procedimientos con los cuales colocó aquel ramo en el sendero que debía conducirle á sus inmortales destinos..... Volvió Dios á reinar en la sociedad y él la salvó del abismo en donde la sola razón de las pasiones la iba á sepultar para siempre.

—Mucho deseo estudiar la historia de ese tiempo. Juzgo que me enseñaría á conocer el corazón humano en su estado natural, es decir, antes que la civilización cristiana lo hubiera modificado.

—Para eso necesita usted un buen maestro; porque la confusión de ideas é intereses que surgieron de los antiguos bandos políticos, el liberal y el conservador, éste que aspiraba á tener una legislación netamente cristiana, y aquél, la que emanara de la razón con prescindencia de la fé religiosa, hacen difícil su estudio. Los nuevos bandos, hijos de la exageración ó del terror á los extremos, se robustecían con los odios ó afectos personales y lo que hoy se aceptaba como principio incontrovertible del uno, al siguiente día era considerado como cánón inapelable del otro. Estos círculos políticos se mezclaban, se confundían, y se rechazaban en perpetua contradanza, sin que faltara en su segunda parte la correspondiente lucha armada. Ningún resultado definitivo se obtenía después del triunfo; porque mientras los vencedores se ocupaban en organizar el Gobierno, los vencidos acopiaban armas que, en muchos casos, venían á servir á objeto contrario á aquel para el cual se habían reunido.

—¿ Y los hombres de buena voluntad no se unían para salvar el país de tantos desastres ?

—Después de batallar mucho tiempo se obtuvo tal resultado, porque siempre pululaban esas serpientes palaciegas encargadas de la diabólica misión de poner espesa venda en los ojos del mandatario haciéndole creer que su Gobierno es el mejor en el mundo ; que la felicidad inunda el país ; y, que cualquier idea que de su cerebro brota, basta para inmortalizar su nombre. El adulador está siempre listo á apoyar las ideas del gobernante antes de ser proferidas y consagra atento estudio á las fisonomías para arrugar la ceja á tiempo, en presencia del individuo que ha sido rechazado en Palacio ó para lanzar miradas cuasi-maternales al que ha merecido algún favor. Por estos medios inicuos, informado de todo y sin contradecir jamás, excepción hecha de las expresiones de humildad del gobernante, va con razón ó sin ella á vender influencias de las que deriva honrosos puestos públicos y algún dinero.

—¿ Los empleos, en el Gobierno, son ahora muy solicitados ?

—Hay tantas empresas en qué ganar la vida que cuesta trabajo conseguir quienes los sirvan. Cuando yo me conocí la lucha para alcanzarlos era ardua y cada cual aguzaba su inteligencia para obtenerlos ; muchos, de la noche á la mañana, de enemigos que eran se convertían en partidarios entusiastas del Gobierno ó del Presupuesto de Gastos, porque, como muy bien decía un amigo mío, no se trataba de *principios* sino de *la sopa* ; y la intriga llegó á ser un arte delicadísimo ; y diversos, como don Gerardino, tenían algún secreto que, divulgado, se convertía en pamplina.

—¿ Y cuál era el secreto de don Gerardino ?

—El de una ostensible actividad. Figúrese usted si no llamaría la atención del mundo entero un hombre, extremadamente flaco, que se movía con una velocidad vertiginosa y del cual podía decirse que era una espina con su correspondiente locomotora, que desde remotos lugares había venido en busca de colocación en el Gobierno ; que llegó á las nueve y á las nueve y un minuto ya estaba en la calle con los bolsillos llenos de periódicos de todas las naciones y con ambas manos ocupadas con los pliegos y cartas que del correo había sacado ; un hombre, en fin, que con la vista fija en el suelo y á media carrera recorría la ciudad todos los días. Un boticario creyó hacer buen negocio si lograba tenerlo por dependiente, y sobre el humo, como dicen, lo contrató. Aquella botica era el lugar de tertulia de mucha gente, durante las primeras horas de la noche, y don Gerardino ape-



nas saludaba. Tres ó más libros copiadores de cartas sobre la mesa; numerosas facturas sobre el mostrador y una prensa que crugía á cada momento daban á conocer la actividad de don Gerardino. Quién, quería que le administrara un periódico, quién, que se hiciera cargo de una hacienda y no pocos que aceptara empleos públicos. Su reputación de activo no tuvo límites. Al fin se adueñó de él un alto magistrado y lo hizo penetrar en la política donde empezó á figurar. Para todos los puestos públicos era candidato obligado. Necesitaba el Presidente un individuo que se encargara de dirigir el Banco Nacional y al instante seis ú ocho voces se alzaban para indicar á don Gerardino como el mejor; se quejaba álguien de los alguaciles y el nombre de don Gerardino se pronunciaba en el acto designándolo como Jefe del Cuerpo policial; se organizaba una Compañía de comercio, y todos clamaban porque don Gerardino fuera socio aun cuando hubiera que regalarle algunas acciones. Su fama era tál que el pueblo ya lo pedía por gobernante. Tenía influencias poderosas, y como servía de cartabón para el valimiento de los hombres públicos, daba y quitaba destinos y su nombre se oía repetir mil veces por día en la ciudad y en sus contornos.

—¿Y cuál fue el resultado práctico de tanta actividad?

—Que don Gerardino tuviera muchos empleos, el Gobierno innumerables enemigos y haberse descubierto el terrible secreto.

—Señor de Mendoza, nos hemos distraído tanto con la conversación, que, sin saber cuándo, nos encontramos en el barrio fabril, á juzgar por el ruido y las chimeneas.

—Verdaderamente, señor de los Llanos, me contestó, hemos pasado inadvertidos plazas y calles que merecen bien la atención. Hé aquí la fábrica de tejidos de seda, hemos dejado atrás las de tejidos de lana, lino y algodón, así como también las de porcelana y cristal. ¡Qué comparación con las del siglo XIX! Entonces las hubo de peinetas, de papel de estraza, de botellas y de ácido sulfúrico, cuya vida fue corta. La de fósforos duró algo más; pues sólo se concretaba á unir la cerilla con la materia inflamable; pero á pesar de que estos útiles eran europeos, lo mismo que las cajitas de cartón en que se colocaban para la venta, al tratar de encenderlos, muchos individuos quedaron tuertos y otros con los vestidos quemados por las chispas que producían. La fábrica de gas prestó útiles é importantes servicios á pesar de que su tubería de madera sujeta á la acción del tiempo y á otros accidentes se destruía constantemente, produciendo importunas tinieblas, hasta que en la

Administración del señor Dr. Carlos Holguín fue reemplazada por la de luz eléctrica, de que hoy disfrutamos.

Nuestro carruaje se detuvo ante el cortejo que conducía al cementerio un cadáver y pregunté al señor de Mendoza si sabía de quién era.

—Del Dr. Don Juan Jiménez, abogado de pobres del barrio del Comercio. Era este señor un tipo completo de virtudes y por ellas fue nombrado para amparar á los pobres é ignorantes de la rapacidad de los logreros y de los abusos de las autoridades. Aun cuando al principio de la República se eliminaron esos empleos, años después resolvió restablecerlos ella para satisfacer la civilización ultrajada; porque no era posible exigir del infeliz labriego que se aprendiera de memoria los códigos de leyes para salvar sus pequeños intereses, ó su libertad, en el caso de que impunemente le fuera arrebatada.

—¡Qué mezcla tan rara la del acompañamiento! Sacerdotes, militares, gente decente y del pueblo en cantidad que asombra.

—¡Era tan bueno!

Momentos después nuestro coche se puso en movimiento y al llegar á la casa-quinta del señor de Mendoza nos separámos con cita para el siguiente día.

III.

—Lo aguardaba, señor Don Enrique.

Y al decir esto, el señor de Mendoza me mostró extendido sobre una mesa el anterior plano de Bogotá formado en el año de 1885.

—Ya usted ve cuánto creció la ciudad en un siglo. Sus antiguas estrechas calles las encuentra usted hoy con la suficiente amplitud, debido á la Municipalidad que dictó en 1910 un acuerdo en el cual impuso por condición, á los dueños de las fincas, para reedificar, la obligación de ceder á la calle dos metros, cuyo valor se les indemnizaba. La población ha venido aumentando considerablemente, puesto que de diez y siete mil setecientos habitantes que tenía en el año de 1793, alcanzó en 1889 á ciento veinte mil, y en la actualidad á un millón, en esta forma: ochocientos cuarenta y ocho mil, resultado de la regla de población tomando por base la que existía en los últimos años de los siglos XVIII y XIX; y ciento cincuenta y dos mil extranjeros que se subdividen así: chinos, ochenta y seis mil; yankees, cuarenta y dos mil; franceses diez mil y catorce mil de otras nacionalidades. Estas son, en números redondos, las cifras que arroja el censo que se acaba de formar.

El ayuda de cámara se presentó para anunciar al M. R. P. fray Antonio de Hortúa de la orden de Predicadores y Director de las Misiones de Colombia; momentos después penetró en el aposento.

El señor de Mendoza salió á su encuentro, lo abrazó con paternal cariño y volviéndose hacia mí, me dijo:

—Aquí tiene usted un íntimo amigo mío, mi consejero y mi médico.

Y dirigiéndose á él añadió:

—El señor Don Enrique de los Llanos, que está aquí presente, es un joven viajero con quien he simpatizado en extremo. Es un cumplido caballero.

Inclinó el fraile su venerable cabeza en señal de respeto y antes de ocupar asiento nos dijo:

—Habré tenido la desgracia de interrumpir la ocupación de ustedes?

—No, R. P., contestámos á un tiempo, estudiábamos, para distraernos, el plano de Bogotá.

—¿Correspondiente al siglo XIX?

—Sí señor.

—¿Y Ud., mi amigo viajero, ya conoció nuestro convento de Santo Domingo?

—Todavía no he tenido ese honor.

—Ignoraba, repuso el señor de Mendoza, que S. P. hubiera llegado. ¿Cómo marcha esa Universidad Pontificia?

—Me prometía este año asistir á sus certámenes; pero por desgracia mis ocupaciones en el Magdalena me han obligado á llegar demasiado tarde.

—Esa Universidad, le pregunté, tiene personal numeroso?

—Cerca de mil alumnos.

—¿Y será muy antigua?

—Bastante, señor. Fue fundada con Facultad Real y Bulas Pontificias, para conferir grados, el 11 de Mayo de 1608, en cuya fecha se le incorporaron el Colegio de Sto. Tomás de Aquino fundado por la misma orden de Predicadores y la escuela de niños. En este plantel se regentaban Cátedras de Derecho Canónico, de Teología escolástica, Moral y Dogmática, de Física, de Filosofía, de Retórica y de Gramática Latina y Española. A principios del siglo XIX se estableció la facultad de Jurisprudencia y, á la mayor parte de los abogados notables de esa época, allí les fueron conferidos sus grados. En el año de 1861, disuelta la comunidad, perdida su personería jurídica é incautados sus bienes por orden del caudillo Mosquera, no pudo hacer reclamación respecto de los que pertenecían á la Instrucción pública, exceptuados del robo por el nefario Decreto de "Desamortización." En el año de 1886, al triunfar la Regeneración que nos devolvió la personería, solicitámos, no aquellos bienes sagrados que exceptuó el Tirano, sino un rincón en nuestro antiguo Convento; pero el Congreso siguiente nos negó la solicitud con el pretexto de que en el Concordato, celebrado entre el Presidente de la República y el Santo Padre, nada se disponía respecto de ellos. La justicia, que siempre vive, al fin se abrió paso y en el año de 1904 puso á nuestra disposición no sólo la pequeña parte del edificio que habíamos pedido, sino todo él. El recuerdo del Padre las Casas, de la orden de Predicadores, compañero de Colón, y primer Misionero en la América, los servicios prestados por la comunidad en las misiones de Santa Fé, Cartagena, Tunja, Chiquinquirá, Villa de Leiva, Mérida, Mariquita, Tocaima, Mompox, Santa Marta, Tolú, Pueblo-Nuevo, Valle Dupar, Ríobacha, Pamplona y Muzo, y los beneficios que derivó el país de su carácter docente, influyeron sobremanera para tan justa restitución.

—Hágame el favor de decirme, R. P., cuáles fueron los primeros conventos y los primeros colegios fundados en Bogotá.

—Con mucho gusto, me contestó el fraile. La orden de Predicadores

y la Seráfica se fundaron el 26 de Agosto de 1550 ; esta última, en el año de 1625 estableció el colegio denominado "San Buenaventura;" la de San Diego, dependiente de la Seráfica en 1607 ; el convento de San Agustín en 1560, con su correspondiente colegio de "San Nicolás de Bari y su Templo, consagrado en el año de 1748 ; el de Recoletos de San Agustín, establecido en 1591, por Bula Pontificia de Alejandro VII, con su colegio denominado "San Nicolás de Tolentino;" el de San Juan de Dios, fundado en 21 de Agosto de 1635, cuyos frailes se encargaron del Hospital de pobres establecido en 1553 ; y el de los Capuchinos, el 24 de Octubre de 1778, por Real Cédula de 21 de Diciembre de 1777 y cuyo Templo se consagró el 9 de Octubre de 1791 ; el convento de Religiosas de la Concepción, fundado el 29 de Septiembre de 1589 ; el de Carmelitas Recoletas, el 10 de Agosto de 1606 ; el de Santa Clara, el 7 de Enero de 1629 ; el de Santa Inés del Monte Policiano, el 19 de Julio de 1645 y el de la Enseñanza el 19 de Marzo de 1783 por Bula de Paulo V. Los colegios restantes se establecieron en las siguientes fechas: el Real Mayor y Seminario de San Bartolomé, por Real Cédula de 8 de Junio de 1592, con catorce becas pagables del producto de los diezmos ; la Universidad Pontificia de que hemos hablado ya ; y el Mayor de Nuestra Señora del Rosario del Real Patronato, en 18 de Diciembre de 1653. Por esta relación juzgarán ustedes de la justicia que tuviera un bando político para acusarnos de *oscurantistas* y *retrogrados* y para ultrajar nuestro honor, con repetidas calumnias, despojándonos de los bienes de fortuna que aplicábamos á la instrucción del pobre y á la civilización del salvaje. En la primera época, mientras los comerciantes especulaban con los infelices indios, y los conquistadores, por codicia, los sacrificaban, nosotros les proporcionábamos educación cristiana, consolándolos en sus desgracias y depositando en su corazón la semilla de la virtud de la esperanza, con la cual veían el cielo como término de sus desventuras. Más tarde, á la par que nuestros enemigos gozaban de los frutos cosechados, nosotros en las prisiones, en el abandono y la miseria, levantábamos el corazón á Dios para pedirle usara de misericordia con esos hermanos á quienes su fanático odio hacía más desgraciados que culpables. Nuestras súplicas al fin oídas en el cielo cambiaron nuestra suerte y más de un siglo hace que vivimos en santa paz, amados y respetados por todos los colombianos de cuya fortuna y hogar somos sus celosos guardianes.

—S. P. llegó á esta capital en el Ferrocarril de Occidente ?

—Sí, señor Don Enrique. Aun cuando la distancia de Guarumo á

Bogotá se recorre en seis horas, una diligencia en Villeta me obligó á emplear mayor tiempo.

—No he tenido el placer de viajar en esa línea y lo deseo vivamente.

—Los trabajos preliminares del Ferrocarril de la Sabana, que fueron la base del de Occidente, interrumpió el señor de Mendoza, fueron ordenados por el Gobernador de Cundinamarca, señor General Daniel Aldana, el año de 1882. Él inició la obra, celebró el contrato é hizo levantar en Facatativá el edificio para la Estación. En el año de 1889 las locomotoras Córdoba, Cundinamarca, Santander y Bogotá, impulsadas por el agua y el fuego se presentaron en la capital conduciendo carros de pasajeros y de cargas. Luégo se pensó en enlazar ese Ferrocarril con el de Girardot y así se verificó; pero el poco caudal de agua en el Alto Magdalena, durante el verano, hizo indispensable la construcción de otra línea para el comercio exterior y fue adoptada la que trazó años antes el ingeniero Poncet, siguiendo el curso del Ríonegro.

—Tengo que cumplir un deber, dijo el Sacerdote mirando el reloj; me despido.

—Nos priva S. P. de un positivo placer, repuso el señor de Mendoza.

—No me es posible permanecer aquí más tiempo; porque la casa á donde me dirijo está situada en la plaza de Quesada y las horas se me han pasado inadvertidas. Adiós, señores.

Y salió precipitadamente.

—Usted no me había hablado de la plaza dedicada al fundador de Bogotá.

—No se había presentado oportuna ocasión para hacerlo, señor Don Enrique; pero voy á satisfacerlo. Existía aquí como único Teatro un edificio de propiedad particular y tan feo que daba vergüenza con los extranjeros que venían á Bogotá. En 1886, el Doctor Julio Pérez, en su carácter de Ministro de Fomento, lo expropió por cuenta del Gobierno y lo hizo demoler para reconstruirlo. Este fue un positivo servicio para la capital, á la cual contribuyó á hermo-sear, y para el propietario quien recibió por indemnización crecida suma. Terminado el edificio todos quedaron satisfechos de su comodidad, elegancia y capacidad y sólo le faltaba una plaza para colocar los carruajes. En este Teatro todos admiran su hermosa fachada de mármol del país, no trabajado hasta entonces y que el Doctor Holguín contrató, para impulsar esta nueva industria, con un señor Nicolás Ruiz... ú Ortiz... no recuerdo bien el nombre; pero es el caso

que, acto seguido, quedó formalmente establecida la escuela de escultura y atestados los salones con muebles y adornos de mármol y las plazas con estatuas y fuentes. Gran parte de la manzana edificada frente al Teatro fue destruída por un incendio y sólo se salvó en ella el edificio destinado al Museo. En ese tiempo no había sino cuatro pequeñas bombas que, ó estaban dañadas ó no podían colocar los Serenos convenientemente sobre los tubos del acueducto y la poca agua que se extraía en vez de apagar el incendio lo excitaba. Heroicos é inútiles esfuerzos se hicieron para contenerlo y muchas vidas se perdieron en él, sobre todo de cocineras y aplanchadoras, quienes resistían salir de las casas, oportunamente, porque dizque estaban sudando. Días después, el Gobierno, que había comprado el sitio del desastre, formó allí una pequeña plaza en semicírculo y en el centro fue colocada la estatua del ilustre fundador de Bogotá, Gonzalo Jiménez de Quesada.

Y diciendo esto el señor de Mendoza añadió :

—Quiero que usted conozca la colección completa, que existe en un salón del Museo, de los Gobernadores, Presidentes y Virreyes en tiempo de la Colonia y la de los Presidentes de la República desde su proclamación hasta la fecha. ¿ Mandamos enganchar ?

—Con muchísimo gusto, le contesté.

Cuando ya estaba en movimiento el carruaje el señor de Mendoza me dijo : Mire usted : esta es la Plaza de los Mártires. En el centro está el famoso grupo que representa á Pola Salabarrieta en vía para el cadalso, en medio de escolta numerosa y con el sacerdote junto. Desde aquí no se alcanza á distinguir bien ese monumento porque está cuasi velado por los pinos y cipreses.

—Es bien hermoso.

—Más tarde vendremos á pasear este lugar. Tiene bastantes estatuas y un templo al Corazón de Jesús. Antes tenía una especie de *chuzo* de piedra en el centro y cuatro detestables emblemas de la Gloria, la Paz, la Justicia y la Libertad, primer ensayo de nuestros escultores, por cuya razón se trasladó esa antigüedad á uno de los patios del Museo. Vea usted, añadió señalando al Norte, á pocos pasos de aquí está la plaza de Nariño con una famosa estatua de él, que ocupa el centro.

Más adelante le pregunté :

—Esta fue la plaza principal de Bogotá ?

—Sí, señor.

—Pero no se parece en nada á la que ví dibujada en el telón del teatro del Sol.

—Como no se parece un siglo á otro.

—¡ La estatua del centro es la de Bolívar ?

—Sí, amigo mío, la misma que existía y que existirá siempre por su incontrovertible mérito. Es obra del célebre escultor Tenerani y de ella le hizo donación á Bogotá el Sr. D. José París á mediados del siglo XIX.

• Al entrar en el salón del Museo, el señor de Mendoza me dijo :

—Aquí tiene usted el retrato del Licenciado Don Gonzalo Jiménez de Quesada, conquistador del Nuevo Reino y su Gobernador en el año de 1538 ; Hernán Pérez de Quesada, hermano del anterior y Gobernador interino en 1539 ; Gonzalo Suárez Rendón, Gobernador interino en 1541 ; Licenciado Miguel Díaz de Armendariz, Gobernador, Visitador y primer Presidente de la Real Audiencia en 1545 ; Licenciado Juan de Montañó, Visitador, Gobernador y Presidente en 1551 ; Dr. Don Andrés Díaz Venero de Leyva en 1564 ; Licenciado Francisco Briceño en 1575 ; Dr. Don Lope Díaz de Armendariz, señor de Cardereita en 1578 ; Dr. D. Antonio González en 1590 ; Don Francisco Sande en 1597 ; Licenciado Don Nuño Núñez Villavicencio en 1605 ; Don Juan de Borja de la orden de Santiago en 1607 ; Don Sancho Girón, Marqués de Zofraga, Comendador de Petaleda de la orden de Alcántara en 1630 ; Don Martín de Saavedra y Guzmán, de la orden de Calatrava y Barón de Prado en 1637 ; Don Juan Fernández de Córdoba y Cohalla, de la orden de Santiago, Marqués de Miranda, de Aúta, señor del Colmenar, Gentil-hombre de S. M. y Mayordomo del Príncipe Don Carlos de Austria, en 1645 ; Dr. Don Dionisio Pérez Manrique, de la orden de Santiago, en 1654 ; Ilustrísimo señor Obispo de Popayán Dr. Don José Liñán en 1661 ; Don Diego de Villalba y Toledo en 1661 ; Dr. Don Diego de Egüe y Beaumon, de la orden de Santiago, en 1662 ; Don Francisco del Castillo y Concha, de la orden de Calatrava, en 1669 ; Don Sebastián de Velasco en 1685 ; Don Gil Cabrera y Dávalos, de la orden de Calatrava, en 1686 ; Don Diego de Cardona Lasso de la Vega en 1708 ; Don Francisco Meneses de Sara.....

—¡ Qué le ha sucedido ! señor de Mendoza ?

—Que me mue.....

No pudo acabar. Había pasado á mejor vida.



Bogotá, 5 de Enero de 1990.

Señora Doña Catalina de los Llanos.—Casanare.

Adorada madre :—He visitado ya la capital de la República y sigo mañana para el Cauca.

Como prenda de filial cariño le envió la descripción de todo lo que, en tan corto tiempo, pude ver en esta gran ciudad, junto con un estrecho abrazo de su amante hijo

ENRIQUE DE LOS LLANOS.